

que, como le dije en una de mis anteriores, estoy algo tocado, hace que al oír enunciar alguna proposición demasiado general, no me deje alucinar ni por la celebridad ni el tono magistral de quien la emite; y que en uso de mi independencia, examine si el acreditado maestro podría haberse equivocado. Esto me ha sucedido con la *transición* actual, y con la *marcha* continua de las sociedades, y con las mudanzas que para lo venidero se nos pronostican; sobre todos estos puntos le diré mis opiniones en otra que pienso escribirle otro día. Ahora no puedo hacerlo; ya por no alargar demasiado la presente, ya porque «non tantum est otii.» Queda de V. su affmo.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de Junio de 1843.)

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

ARTÍCULO 1.º

En el primer número de esta *Revista* nos ocupamos de la ciencia frenológica en sus relaciones con la espiritualidad del alma; estableciendo algunos principios para precaver que los poco versados en estas delicadas materias, incurriesen en equivocaciones sobre un punto de tan elevada importancia, por afectar muy de cerca uno de los principales fundamentos de la religión, cual es, la distinción entre el espíritu y el cuerpo. Explicamos allí cómo pudiera entenderse en un sentido razonable y nada dañoso, la doctrina que establece que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales; y con esta ocasión expusimos también, cuál era la acepción legítima que podía darse á la proposición en que se asienta que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro; aduciendo autoridades respetables, así en el orden religioso, como en el puramente filosófico. Ofrecimos entonces á nuestros lectores el volver otro día á la discusión de este asunto; y si bien hubiéramos deseado hacerlo cuando se hubiese publicado una obra más extensa cuyo prospecto ha visto

ya el público, no obstante con la mira de que no nos veamos precisados á dilatar demasiado el cumplimiento de lo que tenemos prometido, entraremos hoy en amplio examen de la materia. Es tal su importancia, y tan graves y delicados los puntos á que se refiere, que habiéndose ventilado extensamente en esta capital, en ocasión muy reciente, no podemos permitir que las graves cuestiones que de ella surgen, pasen desapercibidas y sin las correspondientes aclaraciones.

Seis principios asienta el Sr. Cubi, apoyándose en la autoridad de Gall, y mirándolos como la base de toda la ciencia frenológica.

1.º Las facultades ó potencias del alma son innatas.

2.º El cerebro es el órgano del alma ó mente.

3.º El cerebro es múltiplo; esto es, el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades.

4.º El tamaño de un órgano cerebral, *siendo todo lo demás igual*, es una medida positiva de su potencia mental.

5.º El tamaño y forma del cerebro es, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza.

6.º Toda facultad del alma tiene su lenguaje especial; esto es, todo órgano cerebral, cuando se halla predominantemente activo, produce un movimiento, expresión, gesto ó actitud, que se llama su lenguaje especial ó natural. (*Manual de Frenología.*)

Antes de pasar á otras consideraciones, examinaremos rápidamente estos seis principios, ó axiomas, ó como se quiera llamarlos. El primero es: las facultades ó potencias del alma son innatas. En esto nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubi; y creemos que en el mismo caso se encuentran todas las escuelas filosóficas. El hombre obra ejercitando sus facultades, pero no produce el mismo principio de su acción, pues que ésta supone la existencia de aquél. Es cierto que ora consideremos las facultades del alma identificadas con su esencia, ora admitamos que son

cosa distinta, la razón y la experiencia nos están diciendo que no podemos darnoslas á nosotros mismos; lo que en ellas podemos hacer es avivarlas, perfeccionarlas y pulirlas, nada más. Todo cuanto en este sentido hacemos, supone un cierto fondo de la naturaleza, que nos ha sido otorgado gratuitamente por el Criador, y que si no nos hubiera sido concedido, tan lejos estuviéramos de poderlo producir, que ni siquiera alcanzaríamos á formarnos de él una idea.

El segundo principio es: el cerebro es el órgano del alma ó mente. Como en el discurso citado nos detuvimos en explicar el sentido en que debía tomarse esta proposición, si se quería evitar el que se le dieran acepciones peligrosas, bástanos transcribir aquí lo que entonces decíamos.

«Que hay una relación entre el entendimiento y el cerebro, que éste es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposición natural ó accidental, resultan los más variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada día. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su origen en afecciones cerebrales; de éstas dimanán también los sueños más ó menos variados, más ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo esta ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienación mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltación de las facultades del alma que se sigue á la inmutación del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso, á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frío.

»Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relación entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre ésta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilida, y las demás hipótesis más ó menos análogas á las sobredichas, todas dimanar de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relación, de una comunicación, de una recíproca influencia, tan ciertas como incomprensibles.

»Así, pues, cifrándose como manifiesta ceñirse el indicado profesor á establecer este fenómeno generalmente reconocido, estamos de acuerdo con él en que es un hecho incuestionable.

»Bonald copiando á Platón, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre éstos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna función; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la visión, el timpano será el órgano del oído, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusión de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocación. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser com-

prendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

»El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este sentido se dijese que el cerebro ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresión sería no sólo inexacta sino falsa; porque entonces se daría á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que éste contribuye inmediatamente á la formación de aquéllos; lo que daría por el pie á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquél es esencialmente simple, ésta esencialmente compuesta; aquél supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce, ésta es por necesidad múltiple, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes; aquél existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud pueda decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en ésta es imposible encontrar ese ser *uno*, indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

»Esta es la razón profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la unión del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con

que recíprocamente se comunican y se afectan. Veían el hecho, lo palpaban en sí y en los demás, el fenómeno de la acción del alma sobre el cuerpo y de éste sobre aquélla, se les ofrecía fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la acción recíproca, no comprendían cómo lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto, entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocían toda la extensión y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar; y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario, indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

»Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera, resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo esto se verifica, ni de señalar preferencia á ningún sistema filosófico; y si únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestión frenológica, ó sea en el examen de los hechos cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.»
(Véase tomo I, página 38.)

El tercer principio es: el cerebro es múltiple, esto es,

el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades. En esta proposición se contienen dos aserciones: multiplicidad de órganos del cerebro, y variedad de las facultades del alma. Examinémoslas por separado. En cuanto á la variedad de facultades, la experiencia propia y la ajena nos la dejan fuera de duda, aun refiriéndonos á un mismo individuo; que si se trata de diferentes personas, entonces el fenómeno se presenta tan de bulto que no consiente réplica ni necesita explicación. Y esto no se verifica solamente con respecto á las facultades cuya variedad está fundada en la misma diferencia de su naturaleza, como por ejemplo el entendimiento y la voluntad; sino que es muy fácil observarlo hasta en aquellas que perteneciendo á un mismo orden debieran al parecer presentarnos, si no completa uniformidad, al menos mucha analogía. Así, es sobremanera curioso el notar los diferentes caracteres que ofrecen las inteligencias, y la asombrosa variedad que en ellas se descubre, no tan sólo por lo relativo á sus grados de alcance y de fuerza, sino también por lo tocante á su capacidad y disposición para estos ó aquellos objetos. Hombres hay, y los conoce el que esto escribe, de talento felicísimo en todo lo que concierne á las ciencias políticas y morales, y que sin embargo lo poseen muy escaso en tratándose de las naturales y exactas. Hasta ciñéndonos á un solo género se observa una variedad singular cuando se desciende á las especies. ¿Quién no diría, por ejemplo, que uno que posea feliz disposición para una parte de las matemáticas debe poseerla igual para todas? no obstante la experiencia está demostrando que no es así; y concretándonos á la aritmética universal, se encuentra que unos tienen muy buenas disposiciones para la numérica y no tanto ni de mucho para la algebraica, mientras otros se familiarizan sin ningún trabajo con la expresión abstracta del álgebra, y se sienten embarazados con la concreta minuciosidad de los números. Si comparamos la aritmética universal con la geometría, la diferen-

cia se hace mucho más sensible; sucediendo á veces que una persona sobresaliente en uno de dichos ramos, no pase en otro de mediana.

En el trato común de la vida es fácil observar esta misma variedad, ora se pongan en cotejo personas de cortos alcances, ora se comparen hombres de conocido talento. Aun cuando estén acordes en sus principios, y hayan recibido una educación muy parecida, es sin embargo tan diferente su modo de mirar las cosas, que se muestra clarísimamente la diferencia de facultades de que están dotados. Quién penetra hasta el corazón de los objetos, complaciéndose en desentrañarlos, en analizarlos hasta en sus más recónditos pliegues; quién saca luego deducciones, atendiendo menos á la solidez de los principios ó á la verdad de los hechos, que á las consecuencias que de los mismos pueden inferirse; quién se entretiene en minuciosidades, ajenas quizás del punto principal, mientras otro que las descuida, se ocupa especialmente del conjunto de las cosas, dirigiéndose como suele decirse al blanco de la dificultad; quién práctico y positivo, prescinde de todo linaje de abstracciones aplicando su atención á los objetos tales como son en sí; quién eleva al instante su pensamiento sobre lo que tiene á la vista, y pasa á reflexiones generales que hacen perder á la cuestión su aislamiento y la levantan á la región científica: en una palabra, son tantas y tan variadas las gradaciones que ofrecen los ingenios, que quien las haya observado, se habrá convencido de cuán difícil es, no diremos contarlas, pero ni aun clasificarlas. Así opinamos que la palabra *talento* es lo más vago que darse pueda; y estamos en la profunda convicción de que seria de la mayor importancia para los adelantos de las ciencias, literatura, industria, y de todo cuanto ocupa el humano entendimiento, el atender algo más de lo que comunmente se hace, á las disposiciones particulares con que el Autor de la naturaleza ha favorecido á cada individuo. Se abandonan ciegamente los hombres á la carrera que les viene á la mano, sin pensar que quizás se echa á

perder un talento superior, que consume toda su vida en trabajar con escaso fruto en un ramo para el cual no había nacido.

Por más cierta que sea la multiplicidad de las facultades del alma, y por consiguiente muy verdadera y exacta una de las partes de la proposición que estamos examinando, no parece que lo sea en igual grado la segunda. Y si bien este punto no pertenece propiamente á nuestro objeto, diremos dos palabras sobre él; no pretendiendo decidir la cuestión, sino manifestando nuestras dudas, en uso del derecho que la prensa adquiere sobre lo que se sujeta á la discusión pública. En cosas puramente naturales, nos guardaremos de decir *imposible*, á no tener para ello fuertes motivos; ¿qué no sabemos de los caminos incomprensibles del Criador y del infinito alcance de su omnipotencia? pero esto no nos dispensa de proceder con la debida circunspección aconsejada por la sana lógica; y de que al tratarse de dar asenso á una doctrina no nos demos por satisfechos, hasta verla apoyada en observaciones imparciales, numerosas y ajustadas. Se ha dicho que «nuestra conciencia nos hace sentir que observamos con la parte inferior, y reflexionamos con la superior de la frente:» ¿quién es capaz de fijar esta clase de fenómenos? es verdad que cuando para la observación necesitamos ejercer el sentido de la vista, parece que hasta el pensamiento se agolpa, por decirlo así, sobre la parte cercana á los ojos, y que los movimientos que en aquella región se notan, podrían indicar que en ella se verifica no sólo el acto de sentir sino también el de observar. Pero ¿cómo se deslinda en tal caso lo que toca al sentido y lo que corresponde al pensamiento? ¿quién podrá decir si la reflexión y la observación se ejecutan por un mismo órgano, aun cuando á causa de las circunstancias indicadas, se note alguna diferencia exterior que podría hacer sospechar distinta localidad en las funciones?

Los sentidos tienen órganos diferentes, y en esto puede fundarse un argumento de analogía para probar que lo

mismo ha de suceder en lo tocante á las operaciones íntimas del alma. Sin negar lo plausible que es el argumento indicado, parécenos no obstante que pueden dársele dos respuestas. Es la primera, que las razones de analogía por sí solas valen muy poco; necesitando para que alcancen consistencia, observaciones que manifiesten que es un hecho lo que se tomaba como una hipótesis. El motivo de la debilidad de esta clase de argumentos no es difícil de conocer: estriban en la semejanza, y como esta sea una idea que siempre trae consigo alguna vaguedad, mayormente cuando se trata de fenómenos complicados, resulta muy á menudo que se juzga equivocadamente del uno por el empeño de colocarlo en la misma clase del otro, que á pesar de algunas apariencias, pertenece á un orden muy diferente. Tal vez no será fácil señalar esta diferencia; pero aun cuando no la veamos no quedamos exentos de la obligación de mantenernos en prudente desconfianza sobre la verdad y exactitud de lo que se nos probare con argumentos de pura analogía. Si empero aconteciere descubrir esta diferencia, entonces sube de punto la necesidad de estar prevenidos contra la ilusión. No nos lisonjemos de haberla encontrado en el caso presente; pero sí que nos atreveremos á presentar una observación que podría hacer sospechar que la naturaleza ha tenido razones particulares para multiplicar los órganos de los sentidos, las que no existen con respecto al que sirve á las funciones íntimas del alma. Esta será la segunda respuesta que al argumento de analogía vamos á dar.

Sea cual fuere la teoría que se adopte para la explicación de los fenómenos que nuestros sentidos ofrecen, resulta indudable que los órganos que sirven para el ejercicio de la función que apellidamos *sentir*, reciben inmediatamente sus impresiones de los cuerpos que los rodean. De este hecho tan palpable se infiere, que siendo diferentes las impresiones que se habían de recibir, debían serlo también los órganos afectados; por manera que á los frenológicos se les puede hacer aquí una reflexión nada despreciable, á

saber, que la diferente construcción de los órganos puede haber sido motivada no tan sólo por la función que se había de ejercer, sino también por la impresión que se había de recibir. Y como es bien claro que la luz, que el sonido, que los olores y cuanto afecta los sentidos externos, son cosas entre sí muy distintas, aun considerándolas prescindiendo de sus relaciones con todo ser viviente, y mirándolas tan sólo como meros cuerpos ó movimientos corpóreos, salta á la vista que en la naturaleza misma de las cosas se encuentra la razón de la multiplicidad de los órganos de los sentidos externos. Ahora bien: cuando se trata de las funciones internas, ¿existen las mismas causas para que debamos suponer una multiplicidad semejante? ¿En el ejercicio de éstas se reciben por ventura impresiones de los cuerpos externos directa é inmediatamente? Es cierto que nó, y por tanto queda desde luego evidente una disparidad, que si no destruye de raíz la analogía, al menos la hace muy dudosa.

En prueba de que el cerebro es multiforme se citan también los ejemplos de *Vito Mangiamele, que resuelve intuitivamente los más intrincados problemas de aritmética, de Lope de Vega que escribía buenos versos á los cinco años de edad, de Gall que á los seis ya formaba raciocinios acertados sobre el carácter de las personas, de Mozart que á los cuatro ya tocaba admirablemente el violín*; « si el cerebro, continúa el citado escritor, fuese uno y simple, y nó múltiple y complejo como es, una parte sería absolutamente igual á las demás partes; y por consiguiente Mangiamele debiera ser tan maravilloso poeta como es aritmético: y vice-versa Lope de Vega tan asombroso aritmético como era poeta, lo que dista mucho de la realidad. Igual observación puede hacerse respecto á cuantos están dotados de ingenio especial y particular. La pujanza maravillosa que alcanzaron los sabios jesuitas, fué resultado, de haber cimentado la educación que daban sobre este tercer principio frenológico.» (*Man. de Fren.*)

Parécenos que estos hechos, si bien notables por mu-

chas razones, no prueban sin embargo lo que se propone el escritor. El Sr. Cubi afirma que si el cerebro fuese uno y simple y nó múltiplo y complejo como es, una parte sería absolutamente igual á las demás; esto no es verdad, porque la discrepancia entre los frenólogos y sus adversarios, no está en que éstos nieguen y aquéllos afirmen la diferencia de perfección que puede existir y existe en la totalidad ó en determinada porción de cerebro; sino en que los unos le suponen compuesto de partes, de las cuales cada una es un órgano destinado á una función particular, lo que niegan los otros. Resulta de aquí que los anti-frenólogos cuando establezcan que el cerebro es órgano único, no se verán precisados á conceder que los cerebros hayan de ser iguales absolutamente, ni en su totalidad, ni en sus partes; de la propia suerte que por ser órgano único el del paladar no se infiere la igualdad de todos los paladares. Es necesario llamar la atención sobre las equivocaciones á que podrían inducir las palabras *uno y simple*; es cierto que los seres simples en todo el rigor de la expresión, es decir no compuestos de partes, siendo de una misma especie, serán iguales entre sí, en cuanto á su esencia; pero la *unidad y simplicidad* del cerebro no pertenecen á esta clase, pues es bien patente que el cerebro es una cosa extensa, compuesta, y que por tanto no se le puede llamar *simple*, sino en sentido muy impropio; es decir, en cuanto se le supondría órgano único y no formado de otros destinados cada uno á su función respectiva.

Nadie niega que no existiese diferencia entre el cerebro de Mangiamele y el de Lope de Vega, así como es indudable también que el de los hombres vulgares no debe de asemejarse al de aquellos prodigios de la naturaleza. Creemos que hasta ahora ha estado de acuerdo todo el mundo en dichas verdades; mas de esto no se infiere la variedad de órganos, sino la mayor ó menor perfección de uno mismo. Pero entonces, se nos replicará, ¿cómo es que Mangiamele no era tan maravilloso poeta como aritmético, y Lope de Vega tan asombroso aritmético como poeta? Si el

órgano es uno, y la perfección es grande en ambos, ¿por qué no producía los mismos efectos? Pero ¿por ventura, responderemos nosotros, la perfección no puede entenderse en muchos sentidos? ¿acaso comparados los órganos únicos de dos personas no puede suceder que bajo cierto aspecto cada cual lo tenga de mayor perfección? ¿de dos paladares muy delicados no acontece con frecuencia que el uno es más propio para cierta clase de sabores? Si esto se verifica en el órgano de un sentido externo, sin que por esto se infiera la multiplicidad, ¿quién sabe lo que podrá acontecer tratándose de los que sirven para las operaciones interiores?

«El soñar, dice el Sr. Cubi, es inexplicable sin suponer múltiplo el cerebro. Si esta víscera fuese una y simple, debiera estar ó toda despierta ó toda dormida á la vez; en cuyo caso el soñar se desconociera. Suponiéndola múltiplo, ya no es ningún misterio; porque los órganos de la razón pueden estar, y en realidad están dormidos, cuando los de la imaginación están despiertos, que es lo que en efecto constituye el soñar.» Este argumento, á la verdad muy especioso, tampoco parece concluyente del todo. Para que lo fuese, sería necesario demostrar que no es posible que una víscera esté afectada de tal suerte que resulte incapaz de una determinada función; mientras al propio tiempo pueda servir para otra. Una observación muy sencilla arrojará abundante luz sobre la presente materia. El cerebro de un hombre sumido en un profundo letargo no está por cierto destituido de toda función, pues que ejerce cuando menos las necesarias para la conservación de la vida. En tal caso, el individuo no tiene despierto el cerebro lo bastante para pensar ni imaginar, y sin embargo lo conserva con la acción necesaria para vivir: luego no es imposible lo que hemos dicho de que una misma víscera se halle afectada de tal manera, que estando despierta ó en actividad para ciertas funciones, esté dormida ó en inacción con respecto á otras.

La misma respuesta puede darse á los argumentos que

se fundan en la existencia de «la manía y de heridas parciales y afecciones cerebrales en que sólo se ven afectadas algunas potencias del alma, quedando las demás en un estado de completa salud.»

Hasta ahora nadie ha podido explicar satisfactoriamente el modo con que es afectado el cerebro á consecuencia de las impresiones de los sentidos y de las operaciones del alma; ni tampoco cómo se verifica que dichas impresiones lleguen á ésta por conducto de aquél; así no podemos tampoco determinar los diferentes estados en que se encuentran y encontrarse puede nuestro cerebro, ni hasta qué punto será dable que hallándose en buena disposición para un orden de funciones, esté impedido para el ejercicio de otras. Pero sea como fuere, no es difícil concebir que este fenómeno puede muy bien acontecer. Lo haremos sensible con algunos ejemplos. El órgano del paladar es *único*, y no obstante vemos á cada paso, que conservando las funciones vitales, tiene trastornadas las sensitivas; y una cosa semejante se observa en los demás sentidos.

Aplicando al cerebro estas observaciones, inferiremos que es muy posible y hasta probable, que acontezca con respecto á él un fenómeno semejante. Atendidos los inconvenientes que consigo trae el sistema en que se pretende explicar las impresiones del cerebro suponiéndolas como una especie de *huellas* que corresponden á las varias sensaciones é ideas, parece más conforme á razón el decir que sólo consisten en movimientos y vibraciones, que modificándose de infinitas maneras llenan el objeto que les ha destinado el Criador de servir para las muchas funciones cuyo auxilio necesita el alma cuando ejerce las suyas. En esta hipótesis, es claro que podrá muy bien suceder que el cerebro esté dormido para una cosa y despierto para otra; porque no hay inconveniente en que se halle afectado de tal manera, que sea capaz de ejercer ciertos movimientos y vibraciones que corresponden por ejemplo á la *imaginación*, y no lo sea con respecto á movimientos y vibraciones que se refieren á un orden diferente.

El cuarto principio es el siguiente: el *tamaño de un órgano cerebral, siendo todo lo demás igual, es una medida positiva de su potencia mental*. «Este principio, continúa el Sr. Cubi, es en sí mismo evidente. De dos listones de madera aquel tendrá más fuerza que más grande sea. Por supuesto, si uno de los listones es de pino y el otro de roble, el tamaño ya no puede servir de norma de comparación respecto á fuerza. Por esto nunca debe perderse de vista el *siendo todo lo demás igual*, cuando se quiere que el tamaño sea la medida del poder.» Si suponemos que dos cerebros son en todo iguales excepto en el tamaño, de suerte que en perfección y delicadeza el uno no aventaje al otro, parece en realidad que podrá inferirse que el mayor es un indicio de potencia mental más grande, sobre todo si tenemos presente lo que se observa en el del hombre comparado con el de los brutos animales. Esto, sin embargo, no lo vemos evidente sino probable; porque ignoramos si podrían venir casos en que un tamaño excesivo diese lugar á ciertas afecciones más ó menos constantes que impidiesen el buen ejercicio de las facultades del alma. Pero la principal dificultad la tenemos en aquellas palabras que restringen la generalidad de la proposición, *siendo todo lo demás igual*; porque nos parece imposible el determinar cuándo se verificará ó nó semejante condición. Aun concediendo que el tamaño y forma del cerebro sea, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza; es claro que la inspección de un cráneo sólo puede darnos conocimiento del tamaño, pero de ninguna manera nos indicará si todo lo demás es igual ó nó. ¿Quién es capaz de conocer el conjunto de circunstancias de que depende la mayor ó menor perfección de un cerebro? y debiendo ser éstas tan delicadas, ¿qué indicios externos pueden existir que nos conduzcan á adivinarlas? Si por la inspección de una cabeza no podemos inferir otra cosa relativamente al cerebro que su tamaño y configuración, resulta evidente que aun dada como indisputable la verdad de dicho principio, no puede servirnos de guía para con-